

ESCUELAS CON MEMORIA

CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

Voces y memorias de docentes del Catatumbo



NO ACEPTA SU VENTA
Distribución
gratuita
NO ACEPTA SU VENTA



Centro Nacional
de Memoria Histórica

ESCUELAS CON
MEMORIA



ESCUELAS CON MEMORIA
VOCES Y MEMORIAS DE DOCENTES
DEL CATATUMBO
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

María Fernanda Pérez Trujillo
Coordinadora e investigadora

Jaime Landínez Aceros
Investigador y relator

José Rodríguez Vaca
Investigador regional

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
**Dirección para la Construcción
de la Memoria Histórica**

ESCUELAS CON MEMORIA
VOCES Y MEMORIAS DE DOCENTES
DEL CATATUMBO
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

ISBN: 78-958-5500-30-3

Primera edición: noviembre de 2018

Número de páginas: 112

Formato: 18 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial

Tatiana Peláez Acevedo

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

Maria del Pilar Hernández Moreno

Ilustración, diseño y diagramación

Diana Castro Hernández

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Calle 35 No. 5 - 81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá DC, Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Escuelas con memoria. Voces y memorias de docentes del Catatumbo. Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, Bogotá, CNMH.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Escuelas con memoria : voces y memorias de docentes del Catatumbo /
Centro Nacional de Memoria Histórica [y otros]. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria
Histórica, 2018.
112 páginas : mapas ; 23 cm. -- (Catatumbo: memorias de vida y dignidad)

ISBN 78-958-5500-30-3

1. Maestros víctimas de la violencia - Catatumbo (Región, Colombia) 2. Conflicto armado -
Catatumbo (Región, Colombia) 3. Construcción de la paz - Catatumbo (Región, Colombia)
4. Memoria colectiva - Catatumbo (Región, Colombia) I. Centro Nacional de Memoria
Histórica, autor II. Serie.
303.60986 cd 21 ed.
A1614039

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

ESCUELAS CON MEMORIA

Voces y memorias de
docentes del Catatumbo



Agradecemos a los profes y a las profes del
Catatumbo que, por medio de la palabra, la cercanía
y la confianza, nos compartieron sus memorias de
dolor, pero también de esperanza y dignidad.

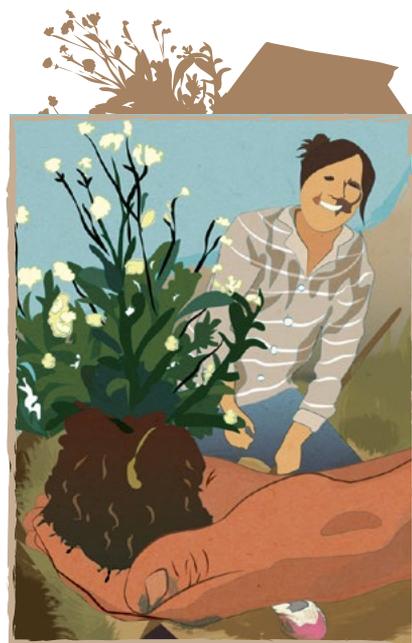
Estos relatos son de ustedes y para ustedes,
para que nunca más se repita.



29

EN SEMEJANTE
PRECARIEDAD,
PUDIMOS
LEVANTAR LA
ESCUELITA

· Las Mercedes, Sardinata ·



11

PRÓLOGO

Silvia Monroy Álvarez

13

INTRODUCCIÓN

17

LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo

26

MAPA MUNICIPAL

81

EL MEJOR
PROFESOR DE
BALONCESTO DEL
MUNDO

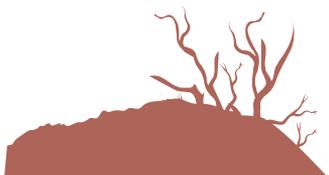
· Tibú ·



57

"PROFESORES DEL
CATATUMBO EN
LA MIRA DE LOS
PARAMILITARES"

· La Gabarra, Tibú ·



47

"YO QUISIERA
COMO TAPARLES
LOS OJITOS A
ELLOS"

· Tibú ·



69

CUANDO TUVE
QUE DICTAR
CLASES DEBAJO DE
UN ÁRBOL

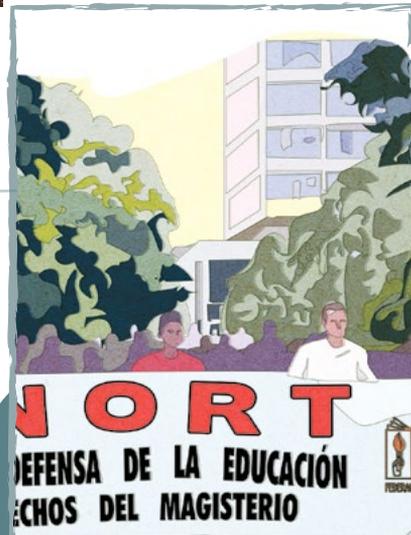
· El Trueno, Tibú ·



93

VIVENCIAS
PERSONALES Y
EXPERIENCIAS
DE MI LABOR
DOCENTE

· Catatumbo ·



PRÓLOGO

Silvia Monroy Álvarez

Investigadora
Centro Nacional de Memoria Histórica

Las historias de estas seis personas, cuyos nombres fueron cambiados o permanecen ocultos son, ante todo, episodios de la vida del Catatumbo: son comunes, se repiten en otras pieles y con otras voces de profesores de esta región. A episodios me refiero con tener que levantar las escuelas del abandono, para luego verse impelidas e impelidos a contener la marcha de sus estudiantes hacia las filas de algún grupo armado o a perderles temporal o permanentemente en época de raspa de coca; a tener sus escuelas convertidas a la fuerza en escondites, campamentos, fosas y, por lo mismo, casas de “espantos”; a la recompensa inmaterial de lograr enseñar a leer y escribir en medio del terror instalado y de un miedo persistente. También son episodios de estas vidas el llanto huérfano incesante en el salón de clases luego de la entrada de los paramilitares, una falta de concentración resultado de la

violencia y de la desatención estructural a esta zona que hace más desafiante, más necesaria, su labor de “formación de seres humanos”, y el quedarse en la zona resistiendo para no “dejar solos” a quienes también permanecieron o decidieron volver a lo largo de estos años.

En las voces de estas personas se entiende que la docencia en zonas como el Catatumbo, entregadas a su suerte por el Estado y por el resto de la nación, se confunde con una labor misionera. Y existe esta confusión por la mezcla entre lucha, precariedad, distancia y sufrimiento. De hecho, uno de sus reclamos persistentes en el presente, pero como un episodio más, tiene que ver con las malas condiciones laborales -y de contratación-, pese a las cuales buscan seguir siendo “promotoras y promotores de transformaciones sociales” en municipios, veredas y corregimientos del Catatumbo.



INTRODUCCIÓN

Escuelas con memoria. Voces y memorias de docentes del Catatumbo es un conjunto de relatos contados en primera persona acerca de la vida, labor profesional y resistencias de docentes de la región, que busca honrar y dignificar las apuestas que han tejido para ejercer su labor con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la zozobra¹.

Los relatos describen el papel central que tienen las y los docentes en la región, en particular en contextos rurales, así como las condiciones de precariedad y las múltiples dificultades

¹ A menos que se indique lo contrario, los relatos fueron escritos en su totalidad por el equipo de investigación del proyecto. Cada uno entretiene voces, narraciones y experiencias de diversas personas, de modo tal que no son relatos acabados en los que se traza la trayectoria de vida de una persona específica, aunque como opción metodológica se haya optado por presentar el hilo narrativo desde una voz individual. Se ha guardado la mayor fidelidad posible a lo que nos fue narrado, y a su forma de contarlo y comprenderlo.

que muchos deben sortear para hacer su trabajo. Estos relatos también evidencian que profesores y profesoras han tenido que desarrollar su labor en medio de la sospecha que su presencia genera en todos los actores armados, quienes han usado las escuelas como lugares de combate, de paso y descanso. De este modo, ilustran la capacidad de las y los docentes para construir espacios de protección y cuidado para niños y niñas, así como su persistencia por garantizarles el derecho a la educación, muchas veces en contextos de incertidumbre y desesperanza.

Este es uno de los seis textos que conforman la serie de relatos del proyecto de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, cada uno de los cuales reconstruye las memorias de perfiles sociales para los que persisten silencios en torno a los impactos que el conflicto armado y otras formas de violencia les han legado: campesinos y campesinas; docentes; mujeres; niños, niñas y adolescentes; personas lesbianas, gays y trans; pueblo indígena Barí.

Catatumbo: memorias de vida y dignidad fue un proceso de reconstrucción de memoria histórica sobre el conflicto armado y las resistencias en esta región en la que recorrimos los municipios que la conforman², propiciamos espacios de diálogo con sus habitantes y recopilamos, por diversos medios, sus memorias

2 El Catatumbo es una región fronteriza con Venezuela ubicada en el departamento de Norte de Santander, conformada por los municipios de Tibú, El Tarra, Sardinata, Hocarí, San Calixto, La Playa de Belén, Ocaña, Teorama, Convención y El Carmen. Alberga los resguardos Motilón-Barí y Catalaura-La Gabarra, donde habita el pueblo indígena Barí. El proyecto de investigación, que se realizó entre 2016 y 2018, fue una iniciativa de la Diócesis de Tibú y la Pastoral de Víctimas, liderado por el Centro Nacional de Memoria Histórica, al que se sumó la Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí y que contó con el apoyo de la Mapp-OEA y GLZ-ProPaz. En el sitio en Internet del proyecto se recoge material audiovisual sobre la región, disponible en <http://centrodememoriahistorica.gov.co/catatumbo>

en torno al conflicto armado, sus procesos organizativos y sus propuestas y demandas hacia el futuro.

Los relatos de esta serie no buscan ser reconstrucciones exhaustivas de las dinámicas del conflicto armado que han tenido lugar en la región, ni pretenden construir una generalización sobre los hechos de violencia y resistencia que han vivido sus habitantes; del mismo modo, las formas de violencia que abordan no ocurrieron de manera similar o generalizada en toda la región. En cambio, su objetivo es dar a conocer y profundizar en una serie de temáticas y énfasis que, de manera significativa, emergió en los ejercicios individuales y colectivos de reconstrucción de memoria histórica³.

Puesto que los relatos han sido escritos a partir de los recuerdos y narraciones de las personas del Catatumbo en entrevistas e intervenciones en ejercicios colectivos, estos ofrecen una oportunidad para adentrarse en las voces, acentos, texturas, colores y sonidos del Catatumbo, desde una apuesta por dignificar las palabras, explicaciones y narrativas que sus habitantes han elaborado sobre su territorio, su vida cotidiana, el conflicto armado.

Escuelas con memoria. Voces y memorias de docentes del Catatumbo es una apuesta por la dignidad. Esperamos contribuir a que quien lea estos relatos pueda encontrarse con esta región del país, conocer un poco más de sus habitantes, sus

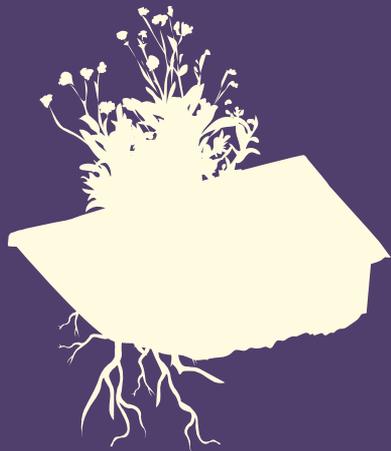
³ En la mayoría de relatos se omitieron o se cambiaron los nombres de personas y lugares, para preservar la privacidad y seguridad de sus protagonistas y por su solicitud expresa.

historias y sus apuestas, para romper la indiferencia y echar abajo los estigmas que han recaído históricamente sobre el Catatumbo y su población.

Nos impulsa la exigencia hecha por las y los catatumberos para que se comprenda que solo se puede romper el ciclo de violencias que se reproduce de manera preocupante en esta región si, como sociedad, reconocemos todo aquello que nos une al Catatumbo, y si nos disponemos, de manera respetuosa y comprometida, a escuchar y comprender sus voces, propuestas y demandas para así incidir en que las cosas cambien.



LÍNEA DE TIEMPO



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.*



Se establece la Concesión Barco, por medio de la cual el Estado colombiano habilita la exploración y explotación de petróleo en territorio del pueblo indígena Barí (hoy municipios de Tibú y El Tarra).

La Concesión es cedida a las empresas Colpet (Colombian Petroleum Company) y Sagoc (South American Gulf Oil Company).

1905

1910

1931

Exterminio de gran parte de la población Barí a manos de agentes de seguridad de las empresas petroleras, trabajadores petroleros y colonos.

1960

1963



* No ofrece un recuento exhaustivo, dado que presenta algunos hitos significativos que facilitan la lectura de los relatos.

Surgen las primeras Juntas de Acción Comunal en la región.

1968

Creación de **Asocbarí**
Asociación Comunidad Motilón Barí de Colombia.

1978

Surge **Coomultar**
Cooperativa Multiactiva de El Tarra.



1979

31 de enero, 1979: primera toma guerrillera en el Catatumbo (municipio de Convención). Marca la entrada del ELN a la región.



Creación de **Coobarí**
Cooperativa Multiactiva Motilón Barí.

1982

1981

Creación del resguardo indígena Barí **Catalaura-La Gabarra.**





Para mediados de esta década, habitantes de Tibú y La Gabarra ubican las primeras acciones de las FARC en sus territorios.



Creación del resguardo indígena **Motilón Barí.**



1988

Emergen los primeros "escuadrones de la muerte".

Década 1980

Entre mediados de la década de los ochenta y finales de los noventa, fortalecimiento del proceso cooperativo en la región (juntas de acción comunal, tiendas comunitarias y cooperativas).

1987

6-11 junio de 1987: **Paro del Nororiente.**



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

A finales de esta década se registran los primeros cultivos de coca en el área rural de La Gabarra.

1992-1999: bonanza de la economía cocalera en La Gabarra y zonas aledañas.



1991

1 de marzo de 1991: desmovilización del EPL. Algunos frentes no lo hicieron, entre ellos el Libardo Mora Toro, que continuó operando en la región.

1995

Grupos de autodefensa existentes en el Sur del Cesar desde finales de los años ochenta asumen el nombre Autodefensas Campesinas del Sur del Cesar y empiezan a hacer presencia en zonas del Catatumbo.

1996

13 de marzo de 1996: masacre a funcionarios del CTI perpetrada por el ELN y el EPL en Tibú.

1999

29 de mayo de 1999: entrada del Bloque Catatumbo de las AUC a Tibú.

Masacre en Socuavó y Carboneras, en la vía que conecta a Tibú con el casco urbano de La Gabarra.

2000

16 de febrero del 2000: masacre en El Tarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

17 de julio de 1999: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.

21 de agosto de 1999: masacre en La Gabarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

6 de abril del 2000: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Inicia la política de fumigación aérea de cultivos de coca con glifosato.



15 de junio de 2004: masacre de 34 raspachines perpetrada por las FARC en zona rural de La Gabarra.



2004

2002

25 de abril de 2002: masacre en el Cerro de las Flores en Teorama perpetrada por el Frente Héctor Julio Peinado del Bloque Norte de las AUC.

10 de diciembre de 2004: desmovilización del Bloque Catatumbo en la finca Brisas del Sardinata del corregimiento Campo Dos (Tibú).

Diciembre 2004: surge **Cisca** Comité de Integración Social del Catatumbo.



25 de marzo de 2005:
masacre en Guamalito
(El Carmen) perpetrada
por el Frente Héctor
Julio Peinado del Bloque
Norte de las AUC.

2005



Surge
Ascamcat
Asociación
Campesina del
Catatumbo.

2005-2006:
incremento del pie de
fuerza del Ejército y la
Policía en los municipios
de la región.

2006



Se registra el
accionar del grupo
posdesmovilización
Águilas Negras, al
que le seguirían Los
Rastrojos, Los Paisas, Los
Urabeños o Clan del
Golfo, particularmente
en Cúcuta, Tibú y
Ocaña.

4 de marzo
de 2006:
desmovilización del
Frente Héctor Julio
Peinado, que hacía
presencia en Ocaña y
en municipios del alto
Catatumbo y sur del
Cesar.



2008

2006-2008:
incremento en
la comisión
de ejecuciones
extrajudiciales a
manos de miembros
de la fuerza pública.

LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Se interrumpe la fumigación aérea con glifosato de cultivos de coca en el Catatumbo.



2010

Surge **Asopbarí**
Asociación Pueblo Barí de Colombia.

Paro campesino del Catatumbo liderado por Ascamcat. Entre otros, se demanda la constitución de una Zona de Reserva Campesina en la región y una política de sustitución de cultivos de coca integral y concertada.

Paro agrario en el que confluyen las organizaciones sociales del Catatumbo.

2011

Se promulga la Ley 1448, conocida como Ley de víctimas y restitución de tierras.

2012

Inicia proceso de negociación entre el Gobierno colombiano y las FARC.

2013

Surge **Ñatubaiyibari**
Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí.

2014

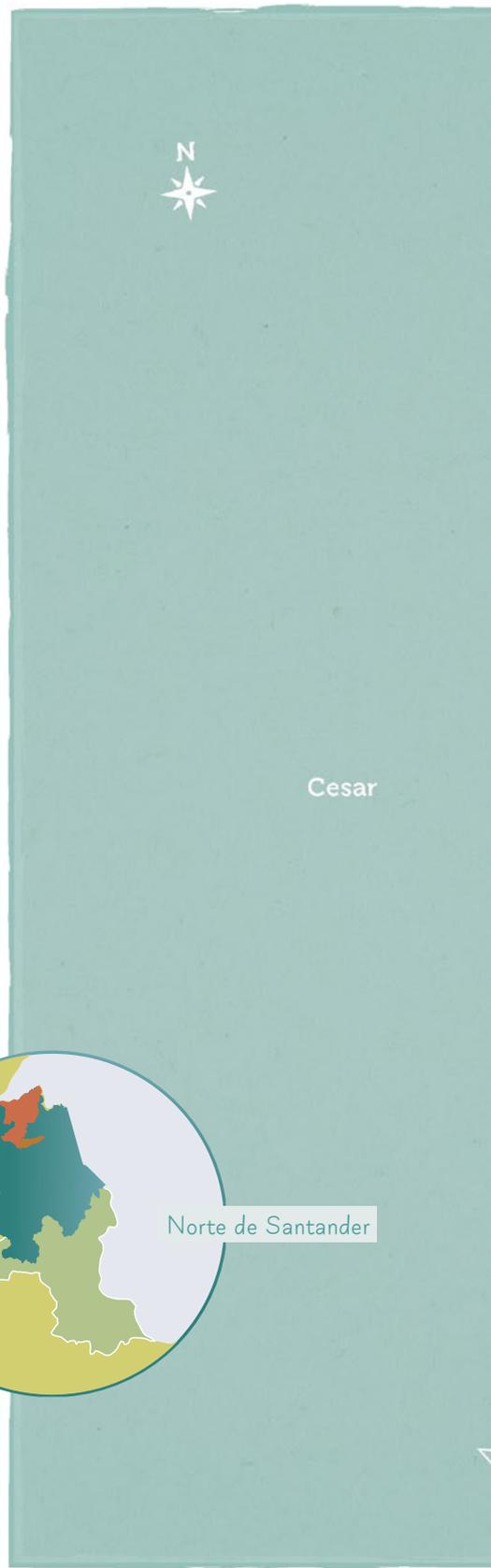
MAPA MUNICIPAL

Convenciones

- Cabecera municipal
- Resguardo Motilón Barí
- Resguardo Catalaura-La Gabarra



CATATUMBO





Venezuela

RESGUARDOS BARÍ

Rio Catatumbo

La Gabarra

TIBÚ

El Aserrio

EL TARRA

EL CARMEN

CONVENCION

TEORAMA

SAN CALIXTO

OCAÑA

HACARÍ

OCAÑA

LA PLAYA

Las Mercedes

GARDINATA

ABREGO

Rio Algodonal

Rio frio

Rio Oroque

Cúcuta





Orgullosa de ser un docente
Trabajando aquí en la frontera
No le tengo ni miedo a la muerte
He vivido jugando con ella
Tengo fama de ser un valiente
En Colombia y allá en Venezuela

He vivido momentos muy tristes
He llorado las noches enteras
La Gabarra ha sido mi vida
El Catatumbo ha sido mi escuela

Han venido de muchos lugares
Profesores con tanta experiencia
Pero, así como llegan, se van
Aburridos de tanta violencia
Los poquitos que aquí nos quedamos
Lo hemos hecho con amor y paciencia

He trabajado en muchas veredas
Trabajado en tantas escuelas
Ayudando al niño campesino
A olvidar el trajín de la guerra

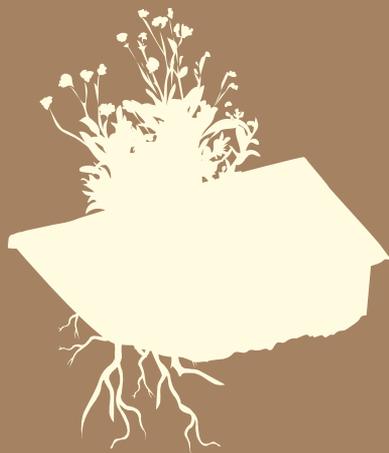
Me he metido en muchos problemas
Por querer ayudar a mi pueblo
Me han tildado de ser un guerrillo
Por las propias leyes del Gobierno

Fragmento de canción de música nortea
compuesta e interpretada por el profesor

Josías Buitrago,
fundador del grupo infantil de música
caranguera

"Los rumberitos de La Gabarra"

EN SEMEJANTE
PRECARIEDAD
PUDIMOS
LEVANTAR
LA ESCUELITA



EN SEMEJANTE PRECARIEDAD, PUDIMOS LEVANTAR LA ESCUELITA

Las Mercedes, Sardinata

Nací en el corregimiento de Las Mercedes, en Sardinata, en un hogar campesino y muy apegado a la religión católica. Por eso desde que estaba jovencito, el padre del pueblo me decía que me fuera para el seminario. Lo intenté, pero me di cuenta que mi vocación sí estaba en trabajar con las comunidades, pero desde otro lugar. Eso sí, nunca me imaginé que desde la docencia.

A los 20 años abandoné el seminario y regresé a mi casa. Eso fue en 1989. Hacía rato que había salido de allá, y me encontré a Las Mercedes totalmente diferente. Cuando yo me fui usted podía salir y entrar a la casa a la hora que quisiera, ir a diferentes lugares sin ningún problema porque nadie le decía nada, no había algo que lo cohibiera. Pero mi experiencia aquella vez fue bastante diferente. Ya los de mi casa y mis

amigos me decían que había gente rara rondando por ahí, guerrillas¹, y también los de la Mano Negra, gente de civil con armas que me preguntaron una vez: “¿Usted qué hace por aquí? ¿Qué está haciendo?”². Ya se sentía en Las Mercedes un brote de grupos armados que se fortalecerían mucho con el paso del tiempo.

Como a los dos años de haber llegado, el alcalde me ofreció que si yo quería trabajar de profesor. A mí la idea me sonó rara, pero luego de pensarlo y de hablar con mi familia, acepté la oferta. Fui, firmé el contrato, y ahí empecé mi experiencia como profesor, en la que me he desempeñado por los últimos 25 años. Toda una vida.

Así fue como en 1991 llegué a la primera escuela, que estaba ubicada en el área rural del corregimiento de Las Mercedes, en una vereda que se llama La Concepción. Pero mi sorpresa al llegar allá fue muy grande, era algo que yo no me esperaba. La escuela era un establo con techo, sin puertas, totalmente abierto y con un solarcito; casi ni paredes tenía. En las noches se quedaba a dormir ahí el ganado, prácticamente era un potrero, no había portón ni nada. Tampoco había bancas para que los estudiantes se sentaran a recibir sus clases, tocaba encima de unos troncos. Como la gente de la vereda cortaba la madera para venderla, esos pequeños orillos que salían al cortar los troncos los habían convertido en mesas para los estudiantes,

1 Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas de presencia y control de las guerrillas en la región.

2 Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento y accionar de los primeros grupos de autodefensa en el territorio del Catatumbo.





La escuela era un establo con techo, sin puertas, totalmente abierto y con un solarcito; casi ni paredes tenía. En las noches se quedaba a dormir ahí el ganado, prácticamente era un potrero, no había portón ni nada.

aunque a algunos a veces les tocaba en el piso. Y bueno, biblioteca eso prácticamente no existía, había un poquito de libros en muy mal estado y eso era todo. Al lado de la escuela había un bordo donde algunos estudiantes y unos padres de familia habían hecho una cancha de fútbol.

Ahí en esa escuela me ofrecían a mí la posibilidad de quedarme a dormir entre semana e ir a Las Mercedes, el pueblo, a visitar a mi familia los fines de semana. Pero la piecita del profesor no tenía puertas y no había cocina ni baño, así que al principio me tocó quedarme en casas de familias ahí en la vereda.

Yo entré novato y llegué a trabajar con 12 estudiantes de distintas edades, a enseñarles todas las materias, porque en las escuelas del campo así es como funciona: los estudiantes de todos los cursos de primaria están en un mismo salón y un mismo profesor se encarga de enseñarles los contenidos correspondientes.

Entonces llego yo y me encuentro con semejantes condiciones para ejercer la docencia y por eso lo primero que hice fue ponerme a trabajar con la gente de la vereda y con la junta de acción comunal³, con el fin de mejorar la escuelita. Me puse a disposición de la comunidad y empezamos a pensar en ideas y proyectos. Las personas me colaboraban demasiado, y a cualquier reunión o jornada de trabajo a las que yo los citara me participaban muchísimo. Por ejemplo, la cancha de fútbol que existía, fue junto a los padres y madres de familia

³ Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento y consolidación de las juntas de acción comunal en el Catatumbo.

y a los estudiantes que pudimos arreglarla, y eso llegamos a hacer hasta campeonatos interveredales de fútbol y a entregar premios para los tres primeros puestos.

Un buen día estábamos en la escuela en una reunión con las familias cuando aparecieron dos muchachos armados con un fusil diciendo que necesitaban hablar conmigo. La gente se asustó, y yo en ese momento no sabía que había guerrilla ahí en la vereda y que estaban vigilando todo. Salí del salón, ellos se presentaron como guerrilleros del Frente 33 de las FARC y me llevaron hacia un ladito de la escuela, aparte de la gente que estaba participando de la reunión, y me empezaron a hacer preguntas: que yo qué hacía, que por qué estaba ahí y que de dónde era. Y yo les contesté que yo era de la zona, que yo era el profesor de la escuela y que esas reuniones eran para arreglar la escuela y mejorar las condiciones de los niños y de las niñas que tomaban las clases.

Entonces los dos muchachos me dijeron que ellos simplemente estaban ahí de paso y se habían dado cuenta de la reunión. Que estaban asegurando la zona para que no se metiera gente desconocida porque ya tenían información que posiblemente fuera a llegar gente del Gobierno a mirar dónde estaban ellos y qué hacían. Yo les respondí que si no querían que yo trabajara ahí pues que yo me iba, y me respondieron que no, que la gente estaba amañada conmigo y que yo era muy cumplido con las cosas que proponía. Santo remedio, los de las FARC nunca más se volvieron a meter conmigo, no me molestaron nunca



más. Y recuerdo que a la comunidad la respetaban mucho, también.

Personalmente fui testigo de eso porque en varias ocasiones me quedé en las casas de las familias y guerrilleros de las FARC se asomaban un ratito nada más a ver qué estaba haciendo la gente. Ya los del ELN y el EPL, que a ellos sí les gustaba más la cercanía con la gente, aparecían a la hora que querían, en las casas o en la escuela, y cuando uno menos pensaba estaba llenito de guerrilleros.

A veces me sucedió que yo llegaba a la escuela temprano y me daba cuenta de que esa gente estaba por ahí. Entonces lo que yo hacía era salir a buscar a los estudiantes, me inventaba cualquier vaina y los mandaba para la casa. Y los guerrilleros me decían: “¿Pero profesor, por qué no hace su clase normalmente?”. Y yo les contestaba: “No señor, ¿cómo cree, no ve que están ustedes? Llega el Ejército por aquí y se arma una plomacera, ¿qué pasa con los niños?”.

Ahí en La Concepción duré cuatro años. Hicimos muchas gestiones, y con aprobación del mismo alcalde de Sardinata, se logró levantar paredes y puertas para asegurar los salones y la pieza del profesor, hacerle cocina y baño y dejar montada una cancha de fútbol muy bien dotada ahí donde las personas de la vereda la habían construido antes de que yo llegara.

Y la gente muy amañada conmigo. En poco tiempo, el grupo de estudiantes se me creció: empecé con 12 y terminé con unos 35. Y a los muchachos ya más grandes, como de 17 años para

adelante, les daba pena venir en la mañana a la escuela y recibir las clases ahí con los pequeños, y fue por eso que me pidieron que los capacitara a ellos también, pero en la jornada de la tarde o por la noche. Y yo acepté con mucho gusto. Nos conseguimos cartillas de la formación que hacía Radio Sutatenza, ese programa que trajo la Iglesia católica para hacer alfabetización de la gente del campo, que en esa época todavía se conseguían, y así fue como les enseñé a leer y a escribir. Algunos a veces no podían asistir porque tenían que salir a trabajar, pero ahí poquito a poco fui logrando equilibrar el grupo.

Y ahí vino el cambio de alcalde y a mí no me permitieron continuar trabajando en esa vereda. Eso la comunidad peleó, discutió, y no, lamentablemente por la política ya no era posible que me dejaran allá. En la alcaldía me dijeron que si quería seguir trabajando solamente había oportunidad para la vereda Pozo Lindo, pero yo no quería irme para allá porque eso era una zona más selvática, mejor dicho, era la cuna de grupos guerrilleros, ahí prácticamente nadie hacía presencia, solamente eran ellos los reyes de la casa. Entonces dije que para allá no me iba y me ofrecieron en la vereda Lagunas, y para allá sí me sonó. Así fue como en 1994 llegué allá y duré dos años ejerciendo como docente.

Pareciera que se estuviera repitiendo la historia, pero es que en verdad así fue: la situación se repitió.

Allá en Lagunas la escuela estaba totalmente abandonada y había muy poquitos pupitres. Empecé a trabajar con 18



Y a los muchachos ya más grandes, como de 17 años para adelante, les daba pena venir en la mañana a la escuela y recibir las clases ahí con los pequeños, y fue por eso que me pidieron que los capacitara a ellos también, pero en la jornada de la tarde o por la noche.

Y yo acepté con mucho gusto.

estudiantes y después se me convirtieron en 30 de ver la forma como yo trabajaba y la evolución que tenían. Empezaron a llegar de otras escuelitas a las cuales no les llegó profesor, de otras veredas. Me tocaba esperar a que llegaran porque tenían que pasar caños y aguantarse la lluvia, porque esa era una zona montañosa y les quedaba bastante lejos la escuela. Cuando eso a los papás les tocaba mandar a los niños a pie porque no había otra forma de llegar a recibir las clases.

Ahí tuve estudiantes que eran hijos de personas que pertenecían a la guerrilla, o sea, hijos de milicianos. Yo eso no lo sabía, y me vine a enterar una vez que tuve que llamarle la atención a un estudiante. Él tenía 9 años y me llegaba a la escuela sin tareas. Yo le mandaba notas escritas en el cuaderno para que las vieran sus padres, pero nada pasaba. Entonces yo le llamé la atención y le dije que si eso seguía así, él no iba a

aprender nada. Y fue ahí que él me respondió diciéndome: “Mi papá es guerrillo⁴”. Y yo le contesté que a mí eso no me interesaba, que él tenía era que cumplir con las tareas que yo le ponía, así como hacían sus compañeros. Y el muchacho se puso bravo y me gritó: “Le voy a decir a mi papá que lo mate, que saque la pistola que tiene y le pegue un par de tiros”.

Entonces yo me di cuenta por dónde iba la cosa y en medio de esa controversia se me ocurrió decirle: “¿Sabe qué? Vámonos a jugar micro”. Porque yo sabía que a él le gustaba mucho y para que olvidara ese momento, esa rabia que tenía. Se levantaron todos los demás estudiantes y salimos a la cancha y los puse a correr y a sudar. En un momento le pregunté: “¿Qué le parece mejor: jugar micro o esa vaina de las armas y de la muerte?”. Y el muchacho me dijo: “No profe, mejor jugar micro. Pero es que a veces uno tener una pistola se siente como hombre, es que es tan bonito”. De pronto yo creo que a él le daban la oportunidad de manipular armas y por eso era que hacía esos comentarios. Luego me enteré que el mismo comandante del grupo guerrillero le había cantado la verdad al papá de ese estudiante y lo había obligado precisamente a colaborar con la escuela, a dar ejemplo.

Cuando me salió la oportunidad de traslado para más cerca del pueblo estábamos en el proyecto de solicitar ante Ecopetrol y otras entidades el carretable para entrar a la vereda, así como los insumos para la construcción de una nueva aula, hecha totalmente de material. Quedó el saloncito viejo y se construyó uno nuevo al año siguiente de que yo me fuera de

⁴ Expresión usada para referirse a los guerrilleros.



allá. La comunidad incluso me invitó a la inauguración porque yo quedé muy cercano a ellos, muy apegado a las familias de esa vereda e incluso ahí fue donde conocí a la mamá de mis hijos. Allá estuve en la inauguración de la nueva escuelita a finales de 1996, hicimos una fiesta y compartí la alegría de la gente por las obras que se estaban consiguiendo para la vereda.

Cuando llegué a la vereda Villanueva, donde pasé a trabajar, en el año 1996, constaté que allá la escuela era como una cueva de escondite para los guerrilleros del EPL. Los primeros meses fueron muy duros porque tocaba hacer lo que ellos decían y nada más. Allá fue donde yo conocí a un comandante muy autoritario, que obligaba a las niñas de la vereda a acostarse con él a la fuerza y al que le gustaba muchísimo andar merodeando por la escuela. A uno eso le daba mucha tristeza, y yo intentaba como podía hablar con esas niñas, ayudarlas escuchando sus historias y tratando de conversar con sus familias a ver qué se podía hacer.

Yo me quedaba a dormir en la piecita que había para el profesor, porque esta escuelita sí estaba más organizada, más dotada. Pero me acuerdo tanto que a veces me levantaba por la noche para ir al baño y, para llegar al inodoro, me tocaba pasar casi por encima de los guerrilleros del EPL que se acostaban a dormir en los alrededores de la escuela donde había techo. Muchas veces los pisé, eran hombres y mujeres ahí tirados durmiendo con uniforme, con fusiles, equipo.

Lógicamente yo tenía que permanecer ahí en la escuela porque si no lo hacía me decían que era que yo les tenía miedo a ellos porque supuestamente era colaborador del Ejército. Entonces algunas noches yo me iba a dormir a una casa de familia y les dejaba dicho que necesitaba que me desocuparan la escuela porque yo no iba a trabajar más así. Eso fue una situación muy complicada porque el comandante de ellos no quería salir de ahí de la escuela.

Todas las mañanas yo hacía formación con los estudiantes, hacíamos oración, cantábamos el himno nacional y seguíamos al salón. Resulta que una vez veo yo que llegan los del EPL a la escuela y se comienzan a bañar, semidesnudos, ahí prácticamente en frente de todos los niños. Como la escuela tenía un tanque de agua que la abastecía, que cuando se llenaba botaba un chorro de agua enorme y caía cerquita al patio donde yo hacía la formación, entonces a ellos les pareció muy bueno bañarse ahí. Yo les dije que ya estaba cansado de eso y que tenían que respetar la escuela, respetar a los estudiantes. Y esa vez se me iba poniendo muy bravo y uno de ellos y me amenazó con que si yo seguía así me iban a matar, y otro poco de cosas.

Pero yo continué concentrado en el trabajo con la comunidad. Realmente admiro a las mamás, a los papás y a los estudiantes que, con esfuerzo, con entusiasmo, se venían a la escuela por las tardes hasta la noche a hacer los arreglos que fuera necesario. En esa vereda tuve la fortuna que había luz eléctrica y entonces se podía trabajar hasta tarde en la noche. Y cuando terminábamos actividades de jardinería, pintura o arreglos



Realmente admiro a las mamás, a los papás y a los estudiantes que, con esfuerzo, con entusiasmo, se venían a la escuela por las tardes hasta la noche a hacer los arreglos que fuera necesario. Y cuando terminábamos actividades de jardinería, pintura o arreglos en el techo, hacíamos recocha, jugábamos banquitas.

en el techo, hacíamos recocha, jugábamos banquitas. Fue una época muy hermosa por el cariño de la gente y el trabajo que se pudo avanzar con ellos, pero siempre con esa zozobra de que por ahí andaban un montón de hombres y de mujeres armados que uno no sabía con qué irían a salir al día siguiente.

Y fue estando en esas cuando me avisaron de una convocatoria para nombrar oficialmente a los profesores. Porque hasta ese momento yo trabajaba como contratado por la alcaldía, con contratos que se renovaban cada año. Entonces nos citaron a un concurso en Cúcuta y allá uno escogía entre las vacantes que había en el municipio y hasta en otros municipios del departamento. Yo vi la oportunidad de quedarme muy cerquita al pueblo, a Las Mercedes, cosa que yo podía ir y volver el mismo día, y así poder estar más cerca de mi esposa y mi primer hijo. Entonces a mí me gustó la idea y así fue como llegué como profesor oficial a una vereda muy cercana a Las Mercedes.

Allá duré 5 años, y lo mismo, la gente muy colaboradora. Pero lamentablemente también esa fue la época en que todo se puso muy malo aquí en Las Mercedes. Se dieron las tomas guerrilleras al pueblo⁵, o sea, cuando nosotros quedamos a merced de ellos. Salió la Policía y eran los guerrilleros los que ponían las condiciones, los que decían qué se hacía. Ahí llegaban a las veredas diciendo “queremos esto”, y fue una época donde se dieron muchos secuestros y otro montón de acciones muy

⁵ Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para un recuento de las tomas guerrilleras en la zona.

deplorables. Y detrás venía el Ejército haciéndole preguntas a la gente y los combates que ya se empezaban a dar en la zona rural. Me acuerdo tanto que en esa época me tocó ver a antiguos estudiantes míos, muchachitos de 13 y 15 años, por ahí andando con el fusil terciado, se habían unido a la guerrilla, ya fuera porque les había tocado o porque ellos mismos habían querido. Y a uno le daba mucho pesar ver eso.

En esa época, recuerdo que también pasó mucho que las escuelas se nos empezaron a quedar vacías: unos estudiantes porque ya hacían parte de los grupos armados y otros muchachos, por ahí entre los 12 y 14 años, que se iban con las familias, o ellos solos, a trabajar con la coca en La Gabarra. Cuando eso allá estaba en un auge grandísimo y se necesitaba mano de obra para coger la hoja, hombres y mujeres, y entonces veíamos cómo nos quedábamos sin estudiantes, por épocas, y a los profesores nos tocaba ser muy comprensivos con esa situación. Eso sí, tristemente eso todavía sigue pasando aquí en nuestra región⁶.

Pero uno de docente le tocaba seguir ahí, ponerse de pie todas las mañanas y llegar a la escuela donde siempre estaban los niños con muchas ganas de aprender. Eso es lo que lo motiva a uno, el trabajo con la comunidad, ver el entusiasmo de los papás y de las mamás cuando se dan cuenta de que los hijos saben leer y escribir bien.

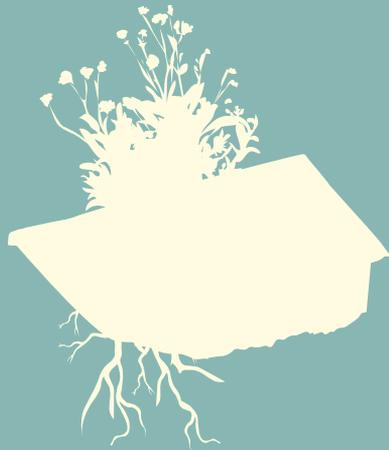
⁶ Véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca del informe Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en torno a las dinámicas del cultivo de la coca en la región.



Durante esos años me tocó apegarme a eso y afortunadamente las personas de la vereda nunca me dejaron solo, siempre estuvieron ahí para que yo pudiera prestar mis servicios en semejantes condiciones que, uno no sabía en ese momento, se iban a poner incluso peores con el paso de los años. Me refiero a la época de los paramilitares, que en la región arrancó en 1999 y que fue devastadora para el Catatumbo.



“YO QUISIERA
COMO
TAPARLES
LOS OJITOS
A ELLOS”



“YO QUISIERA COMO TAPARLES LOS OJITOS A ELLOS”

La historia de la profe Roxana
Tibú

Toda mi vida como docente he trabajado aquí en el municipio de Tibú, principalmente en el campo. Como es un pueblo tan grande, me he movido de una vereda a la otra y he tenido la oportunidad de conocer muchas partes, y de compartir con papás, mamás y estudiantes maravillosos.

En 1997, en la primera vereda que trabajé, había presencia de grupos armados. Claro, yo al principio no entendía muy bien cómo era eso porque yo era muy sardina, yo había vivido siempre en el pueblo y no sabía distinguir que estos eran de un grupo y los otros de un grupo diferente.

Me acuerdo llegar a la vereda y de una vez la preguntadera: “¿Quién es esta, de dónde viene?”. Unos hombres que resultaron ser guerrilleros me llevaron a una hora de camino a averiguar

quién era yo, a hacerme preguntas, pero yo no entendía casi nada, yo les decía: ¿Usted es del Ejército? y ellos me respondían que yo me estaba haciendo la chistosa, que dejara la pendejada. Pero la verdad es que yo en ese momento no entendía muy bien lo de los diferentes grupos. Fue ahí donde inicié mi labor docente, y recuerdo mucho que allá en esa escuela me pasó que algunos de esos guerrilleros se pegaban a las ventanas a observar cómo trabajaba y qué les decía yo a los niños. Pero nunca me prohibieron dictar mis clases ni me obligaron a que yo enseñara un tema específico que ellos querían.

En esos momentos a mí eso me parecía terrible, me entraba angustia. Pero lo que yo no sabía es que la situación iba a ser mucho peor en la siguiente escuela a la que me mandaron, en el año 1999. Estando allá en la vereda La Hoya fue que me tocó a mí la entrada de los paramilitares al Catatumbo¹. Yo tenía mi vivienda en Tibú, y el día domingo vinieron algunos padres de familia y me buscaron para decirme que a la escuela no fuera al día siguiente porque habían llegado los paramilitares y que eso estaba terrible, que no me arriesgara. Todo el mundo estaba con muchísimo miedo en esa época, era algo que nosotros jamás habíamos visto y mucho menos algo que nos hubiéramos imaginado.

Lo que hicieron los paramilitares en esa vereda fue espantoso: a la tienda comunitaria que había allá le tumbaron las puertas,

¹ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

sacaron cosas, el mercado se lo comieron o lo botaron. Y las toallas higiénicas se las colocaban en las botas para que no se les hicieran ampollas en los pies. Eso iban a las fincas cercanas, donde había bastante ganado, y al dueño de la finca le exigían que les matara un novillo y se los entregara de una vez arreglado, para ellos comer. Y eso era una orden, no era si la persona quería o no.

En el año 2000, transcurría un día normal a eso de las 9:30 o 10:00 de la mañana allá en la vereda La Hoya, cuando pasa un señor a caballo por la escuela y me dice, todo angustiado: "Profesora: mande esos niños para las casas, pero ¡ya, ya!". Y yo le respondí que me esperara a que les pusiera tareas. Y el señor me dijo: "No, profesora. ¡Ya, es ya!". Entonces yo entré al salón y les dije a los niños: recojamos los cuadernos que nos vamos.

Y en esa época yo me encargaba de llevar a unos niños que recogía por el camino, que vivían a las afueras de Tibú y que no tenían recursos para transportarse hasta la escuela ni tenían uniforme ni zapatos, pero yo los recibía así. Y me regreso yo con ellos para el pueblo y al salir al sector de La Bahía vimos a unas mamás corriendo y llorando, unas para arriba y otras para abajo, y uno no entendía qué pasaba, uno muy asustado de ver todo eso. Entonces yo tomé a los niños de la mano con más fuerza y nos agarramos todos, así, los unos con los otros, sin saber que lo que estaba pasando era que ese día los paramilitares habían cometido otra masacre, después de la que habían hecho en La Gabarra, esta vez ahí en Tibú, en el barrio La Unión.

Entonces yo tomé a los niños de la mano con más fuerza y nos agarramos todos, así, los unos con los otros, sin saber que lo que estaba pasando era que ese día los paramilitares habían cometido otra masacre.



Yo a veces me pregunto cómo puede uno vivir con todo eso, porque lo que nos tocó ver y presenciar me llena de tristeza, y recordar esos hechos le duele a uno. Por ejemplo, ver a esos niños, a mis estudiantes, llorando por los papás que los habían matado la noche anterior y uno con esa impotencia, con esa desesperación, y sin saber qué hacer. Eso fue una cosa muy triste cuando los paramilitares mataron al presidente de la junta de acción comunal de la vereda. Llegó el hijo de él al otro día y me contó que se los habían entregado en una bolsa plástica que porque supuestamente él era un colaborador de la guerrilla.

Y como yo iba todos los días desde Tibú hasta la vereda, me tocó a mí y a los estudiantes, tantas veces, en el camino hacia la escuela, pasar por encima de cadáveres para poder llegar al salón de clases. Y no solo uno, sino que en todo el camino los ponían así, atravesados. Y yo me encontraba con los niños por el camino y yo decía dentro de mí: "Uy, yo quisiera como taparles los ojitos a ellos" y que no miraran nada de eso que yo estaba viendo, eso que me dolía, pero yo no podía, no podía... nos tocaba pasar por ahí porque no había otro camino que tomar. Y eso había ocasiones en que dejaban hasta tres, cinco cadáveres. Cuando pensábamos que ya no íbamos a ver más, aparecía otro adelante y otro más, y así hasta llegar a la escuela.

Hubo una época en que nos tocó ver cómo los paramilitares entraban a la vereda con personas en una camioneta, pasaban por el lado de la escuela y luego se escuchaban los tiros allá a los lejos. Y los niños viendo y escuchando todo eso. Imagínese. ¿Cómo hace uno clase cuando le ha tocado ver y sentir todo

eso, ah? ¿Cómo quiere uno que los niños se concentren en las actividades del día cuando acababan de ver semejante cuestión? Y eso era diario, diario viendo cadáveres y oyendo de las muertes de gente y de los mismos familiares de los estudiantes.

Nosotros como docentes contratados² no podíamos por ejemplo cancelar las clases por unos días mientras bajaba la marea, porque nos daba miedo que eso nos hiciera perder el trabajo o que dijeran en Cúcuta que es que aquí nos había entrado pereza. Tocaba así, con temor y todo, levantarse cada día, emprender el camino y abrir la escuelita y recibir a los niños y a las niñas con los brazos abiertos. Nosotros hacíamos oración todos los días antes de empezar las clases, y uno siempre sacando fortaleza de donde no la tuviera para que los niños y las niñas, sus papás y mamás no sintieran que uno estaba también con mucha zozobra y mucho temor como ellos.

¿Cómo hace uno clase cuando le ha tocado ver y sentir todo eso, ah? ¿Cómo quiere uno que los niños se concentren en las actividades del día cuando acababan de ver semejante cuestión?

Y eso era diario, diario viendo cadáveres y oyendo de las muertes de gente y de los mismos familiares de los estudiantes.

² Se refiere a los docentes contratados por el operador educativo Corporación Social y Educativa Paz y Futuro, que por ello no se encuentran contratados oficialmente por el gobierno departamental. Paz y Futuro es un operador fundado en 1993, seleccionado por la Secretaría Departamental de Educación de Norte de Santander, que administró desde 1995 hasta 2017 la contratación de docentes en la región.

Por eso es que yo digo que cuando eso la mayor resistencia que pudimos hacer los profesores fue quedarnos en la zona, continuar dictando nuestras clases, no dejar a las familias y a los estudiantes solos. Me acuerdo que aquí en Tibú estaba el sindicato de profesores, Asinort³, pero en esa época de los paramilitares ellos no hicieron ni una sola marcha, eso estaba prohibido, eso hubiera sido una locura⁴. Yo nunca he hecho parte del sindicato porque soy una profesora contratada, y el operador que coordina la educación aquí en la región no nos lo permite, pero tenía amigos profesores oficiales y provisionales que hacían parte y eso nadie se atrevía a decir nada en voz alta, ninguna marcha, nada.

En ese momento había mucha tristeza ahí en mi salón de clase, mucho dolor. Y me acuerdo que unos niños de preescolar se me orinaban en el salón, otros hasta se me hacían popó y yo creo que eso debía ser de los nervios, de lo traumatizados que estaban, sin saberse qué les hubiera tocado ver el día anterior.

Fue por eso que a mí me tocó inventarme una actividad porque yo ya no aguantaba, yo no podía ver toda esa desesperación. Entonces hablé con dos profesoras de escuelas cercanas y organizamos un paseo con estudiantes y sus familias, para salir un ratito porque ya nos estábamos volviendo locos ahí en el campo.

3 Asociación Sindical de Institutores Nortesantandereanos.

4 Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento de los sindicatos de trabajadores en la región.



Hicimos un bazar chiquito un sábado y la gente por ahí como pudo fue, comimos gallina, y de ahí sacamos la plata para el paseo hasta Cúcuta. Salimos en un camioncito, tiramos unas colchonetas y nos fuimos de paseo para una piscina.

Y me acuerdo que al regreso unas mamás me decían que ellas nunca iban a olvidar ese paseo, esa alegría de ese día. Imagínese, yo creo que eso les ayudó a que por lo menos por un momento se olvidaran un poco de semejante situación que estábamos viviendo ahí en la vereda y en Tibú.

Con decirle que ese fue de los pocos buenos recuerdos que yo me llevé conmigo cuando en 2002 me trasladaron de ahí de La Hoya y me mandaron para otra vereda, una donde muchísima gente ya se había desplazado y adonde llegué a trabajar con poquitos estudiantes. Asustada y con mucho temor, claro, porque este es el momento y aquí en la región nunca nos han brindado un acompañamiento psicológico a las y los profesores que nos ha tocado vivir tantas cosas. Pero, aun así, trabajamos cada día con amor, esmero y también mucho respeto por nuestra labor como educadores.



“PROFESORES DEL
CATATUMBO EN
LA MIRA DE LOS
PARAMILITARES”



“PROFESORES DEL CATATUMBO EN LA MIRA DE LOS PARAMILITARES”

La historia del profe Toño
La Gabarra, Tibú

Para nadie es un secreto que el Catatumbo en los años ochenta y noventa era mandado por grupos insurgentes: las FARC, el ELN, el EPL. Y nosotros los profesores siempre hemos sido muy distantes, siempre hemos mantenido una postura de neutralidad frente a esos grupos. Pero también hay que tener presente que en esa época ellos vivían muy pendientes de los profesores, en todo sentido. Tan pronto un profesor llegaba a una vereda era investigado por ellos: “¿Usted de dónde viene, de quién es hijo?”. Conmigo lo hicieron cuando llegué a trabajar en una vereda que es frontera con Venezuela, por los lados de La Gabarra. Aunque yo he sido nacido y criado en esta región, el día que entré me dijeron: “Permítame sus papeles, le vamos a hacer unas preguntas”. Ellos lo llamaban que era una rutina de ellos,

pero como uno no debía nada, pues entonces estaba bien¹. Y esas cosas las hacían porque en los noventa allá era zona de trabajo de coca, y la guerrilla, especialmente las FARC, necesitaba tener eso controlado.

En ese entonces cuando yo llegué a trabajar me di cuenta de que la misma guerrilla cobraba un impuesto a las personas que cultivaban la mata de coca, y que una parte de eso se lo daban a la educación o por lo menos eso era lo que ellos decían². Y ya luego destinaban eso para lo que las escuelas necesitaran: que hacer un rancho, que hacer una cocina, que un puente para llevar los niños a la escuela, que para pintura, que para cemento. Allá en la vereda en la que yo estaba se alcanzó incluso a sacar un puente y se destinó una plata para construir una especie de piecita para el profesor.

Me acuerdo que en esa época era difícil para nosotros hacer las clases porque cuando había época de raspa de coca muchas familias sacaban a sus hijos de las escuelas para irse a trabajar en las fincas. Entonces los niños por ahí de 12, 13 años para adelante, se iban, abandonaban las clases y luego veía uno que algunos regresaban, y a otros nunca más los volvía a ver. Eso sí, eso es algo que todavía se vive aquí en el Catatumbo.

Yo siempre fui muy cercano al trabajo con las comunidades y adonde llegaba a trabajar me ponía a disposición de la junta de acción comunal. En ocasiones, uno mismo como profesor

1 Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación

Catatumbo: memorias de vida y dignidad, para profundizar sobre las dinámicas de control de las guerrillas en la región.

2 Véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca* del informe *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en torno a las dinámicas del cultivo de la coca en la región.

terminaba de secretario y hasta presidente de la junta. Y eso era así porque muchas veces en las mismas comunidades a uno se lo pedían, porque uno era el que conocía de letras, sabía adónde llegar, de pronto dirigirles una carta a las autoridades, todo eso.

Y la escuela siempre ha sido un lugar, digamos, privilegiado en las veredas, porque es como la columna, el eje del trabajo colectivo allá en el campo: ahí se hacían reuniones, se debatían los problemas, se oficiaba la misa cuando venía el sacerdote, se hacían los bazares, entre otras cosas. Entonces las escuelas son muy importantes, valiosas para la vida de la gente del campo, y yo como profesor pues siempre estuve ahí, ayudando en lo que se pudiera, colaborando en los asuntos de la comunidad. Y cómo se iba uno a imaginar que todo ese trabajo, que todo ese interés por mejorar la vida de la gente, de los niños y niñas, esa cercanía nuestra con las comunidades en ese contexto de presencia de las guerrillas, iba a ser tan terrible cuando entraron los paramilitares acá a La Gabarra en 1999³.

Al principio hubo mucho choque en las escuelas porque a nosotros los profesores nos gusta tener en las paredes de la institución los símbolos patrios: que la bandera de Norte de Santander, el escudo nacional, la bandera de Colombia. Y resulta que, para coincidencia, la bandera de nuestro departamento es roja y negra, o sea tiene mucho parecido a la bandera de la guerrilla del ELN. Entonces de ahí se agarraron los paramilitares para decir que nosotros los profesores éramos guerrilleros. Imagínese,

³ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

semejante argumento el que ellos usaron para tildarnos de una vez de guerrilleros y otro poco de cosas.

Por eso fue que a muchas profesoras y profesores les tocó salir corriendo porque a la escuela donde llegaron los paramilitares, y encontraran esa bandera, decían que el profesor trabajaba con los elenos y que era simpatizante de ellos porque ya hasta la bandera la estaban pintando en las paredes.



Y por eso, y además por nuestro papel de liderazgo en algunas comunidades, como ya lo conté, ellos llegaban diciendo que los profesores éramos una manada de sapos de la guerrilla, cuando eso no era así, cuando la realidad era otra. Yo siempre he dicho: una cosa es que uno se relacione con la comunidad y trabaje con ella, y otra muy diferente es que uno sea un guerrillero. Porque guerrillero es el que porta un fusil, el que lleva un uniforme. Y nosotros los profesores siempre hemos estado ahí con la comunidad, con los niños y niñas, enseñándoles, formando seres humanos.

Y en la vereda donde yo trabajaba, los paramilitares usaron la escuela muchas veces como zona de descanso, de paso, para dormir y hacer lo que les dio la gana. A ellos no les importaba si uno como profesor les daba permiso o no. La escuela que no estuviera encerrada y que no tuviera un candado u otra protección, allá se metían y se quedaban a dormir y hacían lo que ellos quisieran. Me acuerdo de una vez que llegué temprano y me encontré los pasillos todos sucios, ahí habían dormido, quién sabe qué más cosas habrían hecho.

Y eso no pasó únicamente en el campo. Una profesora que trabajaba en esos momentos en la escuela del pueblo, en La Gabarra, me contó que una vez llegó temprano a la escuela y ahí ya estaba un niño esperando para entrar. Cuando ella abrió las puertas, el niño se percató de que por la parte de atrás había una granada colgada en un alambre de púa, y que el niño le preguntó: "Profe: ¿Usted conoce esa pepa que está allá?". Pero la profesora en su vida había visto eso. Entonces el niño le respondió muy convencido: "Profe, esa es una granada, si quiere yo voy y la bajo". Y



ella le dijo que cómo se le ocurría semejante locura, se puso muy nerviosa y de inmediato puso a todos los estudiantes que iban llegando dentro del salón de clase. Le tocó llamar al rector de la escuela para que se deshiciera de eso. Imagínese lo que pudiera haber pasado si el niño no se da cuenta de la famosa granada...

Y la otra cosa que a mí me pasó en mi escuela fue que los paramilitares llegaban a hablar con los niños y las niñas, a hacerles preguntas, a meterse con ellos y de pronto a prometerles cosas. En los recreos les preguntaban que quién era su papá y que dónde vivía, preguntas sobre la familia. Y que si habían visto algo raro por ahí para que les contaran.

La gran mayoría de profesores y profesoras que había en La Gabarra les tocó irse, desplazarse. Ya fuera porque según los paramilitares ellos eran objetivo militar, por trabajar supuestamente con la guerrilla, o por el temor tan grande de que les pasara algo a ellos y a sus familias. Con decirle que de unos 95 profesores que estábamos en La Gabarra en 1999, quedamos únicamente como seis contratados y cinco oficiales.

Allá en el pueblo los profesores y profesoras se las arreglaron como pudieron para terminar el año escolar de 1999 y continuar ofreciéndole la educación a la poquita gente que todavía estaba en el pueblo. Muchos se fueron a Cúcuta, los oficiales pidieron el traslado y así fue como empezaron a quedar escuelas vacías, solas, aquí en esta zona. Y eso le daba muchísima tristeza a uno, ver cómo esos sitios que antes estaban llenos de gente hablando de sus problemas, haciendo bazares, ahora eran lugares fantasmas...



Esas situaciones nos cansaron, nos desgataron a quienes nos quedamos. Nos agotamos de estar sintiendo tanto temor que nos estaban inculcando los paramilitares y dijimos: “No, ya no más: ¿Por qué tenemos que tener temor y andar huyendo, si nosotros lo que hacemos es educar?”. Me acuerdo que una vez salió en el periódico *La Opinión* un titular que decía: “Profesores del Catatumbo en la mira de los paramilitares”. Y nosotros decíamos: ¿Pero esto por qué, si nosotros no debemos nada, no hemos hecho nada? ¿Cómo así que estamos en la mira de esa gente, cómo así que están corriendo⁴ a los profesores? Sinceramente nos cansamos de que a veces recibiéramos muy mal trato, que esa gente lo mirara a uno mal y le inyectara temor con la mirada, y uno decir: Uy, pero ¿por qué esta gente lo mira a uno así, por qué lo menosprecian?

Entonces a nosotros nos tocó tomar la decisión de ir a pedir una audiencia con ellos, particularmente con el comandante de los paramilitares del Bloque Catatumbo aquí en Tibú, alias *Camilo*, para que nos escucharan, para que respetaran el espacio de la escuela y el papel de nosotros como formadores de personas, de seres humanos. Y así fue que nos reunimos con ellos, con la idea firme de pedirles que respetaran la vida de los estudiantes, nuestra vida y nuestro lugar de trabajo, que es un lugar para el aprendizaje. Les dijimos que nos explicaran por qué los docentes teníamos que estar huyendo y estar atemorizados, sin saber la razón. Y allá nos respondieron que no, que con nosotros no se iban a meter, que al contrario, que esperaríamos apoyo por parte de ellos, que ellos querían era el cambio y quitarnos un yugo, y otro poco de cosas.

4 Obligado a abandonar la zona donde se vive y trabaja.

Y nosotros decíamos: ¿pero esto por qué, si nosotros no debemos nada, no hemos hecho nada? ¿Cómo así que estamos en la mira de esa gente, cómo así que están corriendo a los profesores? Sinceramente nos cansamos de que a veces recibiéramos muy mal trato, que esa gente lo mirara a uno mal y le inyectara temor con la mirada, y uno decir: Uy, pero ¿por qué esta gente lo mira a uno así, por qué lo menosprecian?



"Profesores del Catatumbo en la mira de los paramilitares"

Me contó un profesor una vez que a él también le había tocado ir a hablar con alias *Cordillera*, otro paramilitar del Bloque Catatumbo que era un matón, una cosa terrible aquí en la zona, porque los hombres que tenía al mando se habían metido en la escuela, habían sacado libros y materiales pedagógicos y los habían destrozado y hasta habían pintado en las paredes del salón unos mensajes pornográficos. Y que este señor *Cordillera* le había dicho que eso no iba a volver a pasar y hasta le había ofrecido plata para que el profesor contratara a unos obreros para que pintaran y mejoraran la escuela. Entonces para nosotros era una situación difícil de comprender, uno no sabía qué esperar de esa gente.

¿Qué nos tocó hacer a los poquitos profesores que quedamos? Inventarnos alguna cosa para ayudarles a esos niños y a esas niñas de La Gabarra a vivir un poquito más tranquilos, en medio de toda la zozobra que los paramilitares sembraron. Así fue como unos profesores se inventaron la idea de conformar una banda de marchas para el pueblo, un espacio en el cual niños y niñas pasaran más tiempo aprendiendo, compartiendo con otros, y no tanto viendo la violencia o exponiéndose a ser reclutados por los paramilitares o guerrilleros en la zona más rural.

En la vereda hicimos un esfuerzo y mandamos a algunos niños y niñas a que participaran de esa experiencia. Los instrumentos tocó pedirlos regalados aquí y allá, y en 2003 ya la banda contaba con 43 instrumentos.

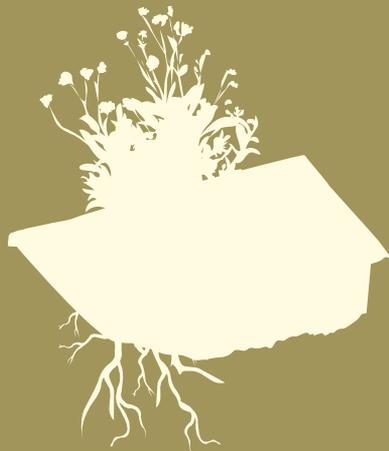




Imagínese la alegría para nosotros: con 43 instrumentos, profesores y familias logramos arrebatarle al terror paramilitar a un buen grupo de niños y niñas de esta zona del Catatumbo.

Hoy todavía llevamos eso guardado en el corazón, y mucha gente lo recuerda como un acto de mucho coraje. Ante ese silenciamiento tan tremendo que nos impusieron los paramilitares, aquí logramos poner a retumbar un hilito de esperanza, les pusimos música a esos días de zozobra y fueron esos niños y esas niñas, tocando sus instrumentos, quienes nos hicieron creer que, algún día, la pesadilla del conflicto armado cesaría en nuestras escuelas.

CUANDO TUVE
QUE DICTAR
CLASES DEBAJO
DE UN ÁRBOL



CUANDO TUVE QUE DICTAR CLASES DEBAJO DE UN ÁRBOL

La historia de la escuela
de la vereda El Trueno, Tibú

Yo siempre he dicho que las escuelas pueden contar la historia de esta región del Catatumbo. Si esas paredes hablaran, si escucháramos lo que tienen por decirnos, se nos llenarían de lágrimas los ojos, por todo el trabajo colectivo que está detrás de muchas escuelas, pero así mismo por tanto dolor que les ha tocado albergar.

Yo soy profesora desde finales de los años ochenta y he trabajado siempre en el campo en los municipios de Tibú y de Sardinata, en veredas bastante retiradas, unas por ahí a unas cinco horas de viaje por el río Catatumbo desde La Gabarra. Inicé mi labor primero como maestra misionera, un programa que inauguró monseñor Leonardo Gómez Serna cuando fue obispo de la diócesis de Tibú, en los años ochenta.

Era tanta la precariedad de la gente del campo para poder acceder a la educación, que la iglesia asumió ese papel de fomentar la formación de niños y de niñas. Es que en muchas veredas no había ni siquiera escuela, y en otros lugares les tocaba a los niños caminar horas y horas para recibir su educación¹.

A partir de 1983 se hizo el programa de maestros misioneros, que duró por ahí hasta 1996, cuando la contratación de docentes pasó al Estado y se nombró una institución intermediaria que es la que nos contrata por prestación de servicios y nos va renovando cada tantos meses. Llegamos a ser unos 300 maestros misioneros, y en esa época llegaron a Tibú personas jóvenes, venidas de Bogotá y de Antioquia, que el mismo obispo invitaba. En esos años nosotros no recibíamos un sueldo como lo hacemos ahora, nos ganábamos solamente lo necesario para nuestros asuntos personales, porque se trataba de un trabajo de misión, de estar del lado de los más necesitados.

Entonces los maestros misioneros éramos consagrados por la iglesia y enviados a trabajar en veredas casi siempre alejadas, en zonas donde había muchas dificultades. En las veredas donde sí había profesor oficial, uno podría decir que en esos momentos era prácticamente la única presencia del Estado por allá. Y nosotros los maestros misioneros teníamos a cargo la educación de los niños y las niñas, pero también nos sentíamos más comprometidos con la enseñanza de los valores y principios de la Iglesia católica para transmitírselos a las y los estudiantes.

¹ Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las condiciones de vida de habitantes rurales y urbanos del Catatumbo durante los años setenta, ochenta y noventa.

Así es como yo he podido conocer muchas zonas de esta región del Catatumbo y he tenido la oportunidad de trabajar también cerca de los indígenas Barí, especialmente cuando fui docente en una vereda que colinda con uno de sus resguardos. Y por ese largo camino en la docencia fue como llegué a la escuela de la vereda El Trueno en enero de 2008, después de que me tocó vivir y mirar muchas cosas terribles.

Cuando eso habían pasado más de tres años desde que se habían desmovilizado los paramilitares del Bloque Catatumbo en Campo Dos. Pero aquí en Tibú todavía reinaba mucha zozobra, todavía estaba muy vivo el dolor. Apenas estábamos tratando de entender qué era lo que había ocurrido, y nos estábamos reponiendo de tantísimo sufrimiento que habíamos vivido o que habíamos visto alrededor².

Cuando yo llegué, la gente de la vereda apenas estaba volviendo, aunque muchos se habían ido para siempre. Prácticamente todos los habitantes allá se habían desplazado, había quedado desolada esa zona. La escuela estaba enmontada y me acuerdo mucho que cuando llegué, la poquita gente que había no se acercaba mucho a la escuela, casi nadie fue a recibirme. Yo esa vez inicié año escolar con 12 estudiantes, pero poco a poco fui viendo cómo llegaban otras familias, unas nuevas, otras que habían vivido toda la vida ahí en esa vereda.

En la escuela no había una pieza para el profesor y por eso yo me devolvía a dormir a Tibú y madrugaba todos los días a iniciar la jornada escolar, para llegar allá tipo seis de la

² Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

mañana. Y me pasó que una tarde se me acercó un padre de familia y me dijo: "Profesora, no llegue tan temprano a la escuela porque ya ve lo que pasa". Entonces un día cualquiera yo llegué a la escuela como a las cinco y media de la mañana, puse mi bolso en el escritorio y comencé a sentir voces, como si hubiera más gente ahí en el salón conmigo. Y yo pregunté: "¿Quién está por ahí?", pero nadie contestó. Cuando siento que unos niños estaban corriendo por los pasillos, como si estuvieran jugando, y yo me asomé rapidito y no vi absolutamente nada. Entonces yo me asusté muchísimo, se me pararon los vellos de los brazos y pegué un brinco y me fui corriendo a la cancha de la escuela, allá donde era a cielo abierto.

Y ahí fue cuando unos padres de familia me hicieron el recuento de lo que había pasado ahí a los alrededores de esa escuela. "No, profe, lo que pasa es que ahí abajo, al lado de la quebrada, hay una fosa. Allá a aquel lado hay un señor enterrado que lo mataron de una forma muy violenta, por eso es que en la escuela se oyen espantos". Y entonces caí en cuenta de que ahí era donde los paramilitares llevaban a la gente para matarla, y que esos huecos que se veían en la tierra, o sea, como donde uno ve que hay un cambio de color en el pasto, debían estar enterradas personas.

Y no solo eran esas las cicatrices que uno encontraba ahí en la vereda. Los estudiantes míos también tenían unas historias de dolor terribles, muy terribles. Ellos mismos llegaban y le enseñaban a uno: no, que a mi mamá le hicieron esto y esto, a mi papá aquello, y llegó un momento en el que yo me metí como

en el cuerpo de ellos a vivir ese dolor, resulté viviendo el dolor de todos ellos. Entonces yo estaba muy psicosiada, vivía muy nerviosa, no sabía qué habría debajo del camino que yo usaba todos los días para llegar a la escuela.

Por eso yo trataba de conversar con las familias, me quedaba bastante tiempo por la tarde en la vereda para charlar con las mamás y los papás, para entender qué era lo que les había pasado y saber qué podría inventarme yo, para hacer algo frente a semejante situación.

Así fue como me comentaron una vez que algunas personas creían que hasta minas debía haber por ahí alrededor de la escuela. Y me puse a preguntar y me dice una mamá que ella había visto algo como una lata redonda por allá por el potrero que quedaba detrás de la escuela, y que a ella le provocaba agarrar eso con un lazo para ver qué era. Entonces a mí me entró muchísima preocupación por mis estudiantes y por sus familias. Me vine a Tibú a la Policía y comenté la situación, pero en ese momento no encontré ninguna respuesta, porque lo que yo quería era que se hiciera un barrido, que llevaran allá unos instrumentos, lo que fuera, y nos garantizaran que no había minas y desenterraran las fosas que pudiera haber.

Entonces, ¿qué me tocó hacer a mí? Yo duré tres meses dando clases debajo de un árbol, que estaba ubicado en la parte más plana de la vereda, porque la escuela estaba así en una montañita desde donde se veía hacia otras veredas y hacia el río.





Y no solo eran esas las cicatrices que uno encontraba ahí en la vereda. Los estudiantes míos también tenían unas historias de dolor terribles, muy terribles. Ellos mismos llegaban y le enseñaban a uno: no, que a mi mamá le hicieron esto y esto, a mi papá aquello, y llegó un momento en el que yo me metí como en el cuerpo de ellos a vivir ese dolor, resulté viviendo el dolor de todos ellos.

Con los estudiantes sacamos los pupitres, acomodé el tablero como pude, y ahí me tocó enseñarles a las niñas y a los niños durante ese tiempo, porque yo tenía mucho miedo de que jugaran en los alrededores de la escuela y les pudiera pasar algo. A sus mamás y papás les pareció al principio una idea muy extraña, pero cuando yo les expliqué bien por qué había hecho eso, estuvieron de acuerdo con mi decisión.

Por fin se dio que las autoridades hicieron el barrido que yo misma, y varias personas de la comunidad, habíamos solicitado. Y eso fue una cosa muy sorprendente. Como los papás me habían dicho, se encontraron unos 35 cuerpos enterrados en los alrededores de la escuela. Eso le dio mucha paz a gente que había esperado saber qué les había pasado a sus familiares y que ya los daban por desaparecidos. Entre los cuerpos encontraron, incluso, personas que vivían en Pamplona, que las habían

traído de por allá y las habían enterrado aquí. Una cuestión muy dura, muy difícil. Y como también lo habían comentado las personas de la vereda, en esos barridos encontraron nueve minas que estaban por los alrededores de la escuela, como si el grupo que las puso hubiera querido que nadie fuera al salón, tal vez porque la escuela la usaron algunos como trinchera.

Imagínese, todos en la comunidad quedamos impresionados. Los niños y niñas habían estado moviéndose por los alrededores de la escuela hacía un buen rato, o sea que habían estado en muchísimo riesgo todos esos días. Fue una situación tan difícil que las mismas personas de la vereda mandaron a hacer una misa ahí en la escuela, para agradecer que ya se había hecho el barrido y para permitirles un descanso eterno a las personas que habían sido muertas con tanta violencia. Y esa fue la forma como pararon de sentirse esas voces y pasos que yo había oído en la madrugada.

A mí me ha tocado botar muchas lágrimas en todo este trabajo mío como docente. Me ha tocado lidiar con niños y niñas que han perdido a todos los miembros de su familia, niñas y niños callados, que parecen ausentes en las clases, a los que les cuesta mucho concentrarse, que tienen muchos miedos; otros y otras, en cambio, muy agresivos, y ahí es donde a uno le toca tratar de comprender por qué es que se comportan así, qué cosas les habrá tocado vivir en medio de este conflicto que ha sido tan bravo en el Catatumbo.

Uno a veces pierde un poquito la fe, la esperanza. A mí todavía me entra desespero porque hay casos donde uno no sabe muy bien qué hacer, cómo proceder con estudiantes que llegan a los salones con tanto trauma. Yo infortunadamente no tengo una formación que me dé como unas herramientas claras para ayudar a los niños y a las niñas psicológicamente. Por eso yo trato de ir a pedir ayuda en el Bienestar Familiar, comento en Tibú la situación, buscando a ver si alguna institución o algún programa nos ayuda a trabajar mejor con esos niños y niñas.

Como yo digo, es como si también tocara hacerles un barrido a sus corazones, a su cabecita, y encontrar esas minas que producen tanto dolor. Mi sueño es que ojalá algún día logremos hacerlo, porque yo creo que en eso las escuelas tienen una responsabilidad muy grande.





EL MEJOR
PROFESOR
DE BALONCESTO
DEL MUNDO



EL MEJOR PROFESOR DE BALONCESTO DEL MUNDO

La historia de Yesenia, Tibú

Vivo con mi nona¹ Carmenza aquí en Tibú. No conozco a mi papá, no sé quién es, y a mi mamá la he visto muy pocas veces, no le gusta pasar tiempo con nosotras aquí en el pueblo. Cuando cumplí los 15 años, el año pasado, ella no me llamó ni me mandó ningún regalo. Mi nona me dijo que no me pusiera triste, que mi mamá me quiere mucho pero que vive muy ocupada, y yo le respondo que no se preocupe, que yo entiendo. Lo que mi nona no sabe es que yo entiendo también otras cosas: que mi papá era un paramilitar de los que estuvieron aquí en Tibú y que esa es la razón por la cual mi mamá casi nunca me visita, porque yo soy la hija de una relación que a ella no le gustó tener.

¹ Forma de referirse a la abuela en los santanderes.

Cuando logré entender eso, me entró muchísima tristeza y me sentí culpable. Pensé que yo le había hecho mucho daño a mi mamá. Me acuerdo que una vez le escribí una carta pidiéndole perdón y preguntándole si me parecía tanto a mi papá que eso le traía malos recuerdos, pero no fui capaz de entregársela. Hoy ya no siento dolor, y eso es así por todas las actividades que yo tuve la oportunidad de hacer cuando fui parte del equipo Oro Negro con el profesor Lalo, ¡el mejor profesor de baloncesto que hay en el mundo!

Cuando yo estaba chiquita me gustaba mucho vivir con mi nona, ella me consentía mucho y yo a ella le decía "mamita", porque yo crecí pensando que ella era mi mamá. Pero cuando poco a poco fui dándome cuenta de que mi mamá era otra persona, y que ella casi nunca venía a visitarme, empecé a ponerme muy triste y empecé a volverme agresiva con mi nona. Hoy, cuando pienso en eso, me dan mucha tristeza todas las rabias que le hice pasar, porque por ahí desde los 11 años yo me irritaba mucho, quería que mi nona me contara toda la verdad sobre mi papá y mi mamá, que me mandara a vivir con ella, que me sacara de este pueblo.

Así estaba yo cuando recién entré al colegio. Allá tuve problemas con algunos profesores porque también me portaba un poco agresiva, y más de una vez me llevaron a la psicoorientadora, que es como la psicóloga del colegio, pero yo no le quise contar nada de mi vida porque me daba miedo que mis compañeros se enteraran y se burlaran de mí o me trataran mal por ser yo la hija de un paramilitar.

Pero todo eso empezó a cambiar cuando tomé mi primera clase de educación física con el profe Lalo, en el 2016. Él había llegado a Tibú hacía poco tiempo y me acuerdo que en la primera clase que él nos dio me sentí muy contenta porque me dijo que yo era muy buena jugando baloncesto, que estuviera pendiente porque él quería armar el equipo de baloncesto femenino del colegio para empezar a competir en otros pueblos y hasta en Cúcuta. Esa vez me dio mucha alegría, como que por fin sentí que algo me emocionaba. Llegué a la casa y le conté a mi nona mientras almorzábamos y me acuerdo que ella, tan linda, se puso a llorar. Debió ser de la emoción.

El profe Lalo me buscó en un recreo y me dijo que estuviera a las cinco de la tarde de ese día en la cancha. Yo tenía un poco de pena y quería hablar primero con el profe, que me contara bien cuál era el plan que él tenía, a ver si a mí me gustaba. Pero cuando llegué a la cancha, él nos puso de una vez a todas las estudiantes que habíamos ido, unas 15 y de todos los cursos, a entrenar. Esa vez yo sudé tanto y quedé tan cansada, que casi no voy al siguiente día al colegio.

Pero dos entrenamientos después fue muy bonito, porque a diferencia de los días anteriores, el profe Lalo no nos puso a trotar ni a saltar lazo sino que nos sentó en círculo y nos pidió que pensáramos en un animal, una planta o una cosa que nos identificara, y que así nos presentáramos ante las demás muchachas. Que habláramos de nuestros sueños y de nuestros miedos, que no nos diera pena porque lo que pasaba en el equipo, se quedaba en el equipo.





Yo escogí una planta como la cosa que me representaba: la mata de sábila, como esa que mi nona tiene colgada detrás de la puerta y que así no le echen agua, ella crece fuerte. Yo quería decir que así mi mamá y mi papá no vivieran conmigo, yo crecía cada día y era fuerte.



Pero a todas sí nos dio pena. A mí me dio muchísima, y pensé varias veces si contarles o no acerca de mi vida con mi nona, mi papá, la relación con mi mamá. Yo escogí una planta como la cosa que me representaba: la mata de sábila, como esa que mi nona tiene colgada detrás de la puerta y que así no le echen agua, ella crece fuerte. Yo quería decir que así mi mamá y mi papá no vivieran conmigo, yo crecía cada día y era fuerte.

Ese día me sorprendí muchísimo. Yo no hablaba nada de mi vida con mis compañeros y compañeras de clase, y ninguno sabía casi nada del otro. Pero esa vez fue muy diferente: sentadas en círculo, todas empezamos a sentirnos en confianza y les contamos a las demás, y al profe Lalo, un poquito sobre nuestras vidas. Algunas lloramos, otras estuvieron muy pensativas, porque la mayoría de nosotras contó cosas tristes, cosas que les habían pasado a nuestros papás y a nuestras familias por culpa del conflicto, y otras situaciones de pobreza y de necesidades que a muchas nos había tocado vivir.



Y ese día me di cuenta de que yo no era la única que no conocía a mis papás o que estaba alejada de ellos: Alexandra, la de noveno, y Mariana, la de décimo, nos contaron con lágrimas en sus ojos que sus papás eran como el mío, o sea, paramilitares que habían venido y ya se habían ido, o estaban muertos, no se sabía. Y Jessica, una niña de octavo, casi no pudo hablar porque se puso a llorar y a llorar: uno de sus hermanos mayores está en el Ejército y por eso la guerrilla había matado a la mamá de ella, porque decían que ella era informante de los del Ejército. Me acuerdo que Jessica dijo esa vez que a veces le entraban ganas como de ir y hacerles daño a esas personas que le habían quitado a su mamá, o sea, como un deseo de venganza.

Yo nunca me imaginé que eso iba a pasar. No sabía que mis compañeras del colegio y hasta mis propios vecinos también tuvieran historias tan tristes, y que yo no era la única que tenía esa rabia y ese dolor. Pero creo que el profe Lalo sí esperaba que eso pasara, porque al final nos hizo una actividad muy bonita: cerramos los ojos, respiramos todas juntas y nos dimos muchos abrazos.

Me sentí tan feliz, que corrí adonde el profe y le dije con un poquito de pena que le agradecía y que disculpara si habíamos llorado mucho. Y él me miró y me dijo que él estaba ahí para eso, para escucharnos, no solo para entrenarnos, sino para hacernos mejores personas. Y que él era muy afortunado de poder conocernos un poquito más y poder comprender mejor quiénes éramos sus estudiantes y cuáles eran los problemas que nosotras teníamos. Yo no le dije nada y salí corriendo a mi casa.

No sabía que mis compañeras del colegio y hasta mis propios vecinos también tuvieran historias tan tristes, y que yo no era la única que tenía esa rabia y ese dolor. Pero creo que el profe Lalo sí esperaba que eso pasara, porque al final nos hizo una actividad muy bonita: cerramos los ojos, respiramos todas juntas y nos dimos muchos abrazos.



En las siguientes semanas, las muchachas del equipo nos sentíamos como más unidas, como que nos conocíamos un poquito, y eso nos volvía amigas automáticamente. Y el profe Lalo se dio cuenta de todo eso y se inventó una actividad: durante los entrenamientos, cuando él sonara el pito tres veces, cada pase del balón que nosotras hiciéramos tenía que ir acompañado de una frase donde dijéramos qué era lo que más nos gustaba de nosotras mismas. Entonces yo le lanzaba el balón a Yadira, por ejemplo, y gritaba: “Yo soy muy inteligente”, y ella hacía su jugada y cuando se lo pasaba por ejemplo a Jessica, gritaba: “Yo soy muy buena para las matemáticas”. Y así todas las demás. ¡Eso fue tan divertido!

Entonces poco a poco nosotras nos fuimos dando cuenta de que el profe Lalo no era solo nuestro entrenador de baloncesto sino que también nos estaba ayudando a que nosotras viviéramos más tranquilas, a que sacáramos un poquito todo ese dolor que teníamos por tantas cosas que nos habían pasado o que nos había tocado ver. Y así fue como cada semana, en medio de los entrenamientos, él sacaba un espacio, así fuera cortico, para alguna actividad: que una palabra, que una frase, que un abrazo. O sea, lo que él hizo fue que por medio del baloncesto nos ayudó a estar un poquito más contentas, con la cabeza ocupada en el balón, en mejorar nuestro juego, como con menos rabia por las cosas que nos habían pasado.

Bueno, pero ¡también éramos excelentes jugadoras de baloncesto! Nuestro equipo se llamaba Oro Negro, porque aquí en Tibú hay petróleo y así es como también se le dice. Participamos de muchos campeonatos aquí en el municipio y en otros pueblos de la región.

Y así fue como cada semana, en medio de los entrenamientos, él sacaba un espacio, así fuera cortico, para alguna actividad: que una palabra, que una frase, que un abrazo. O sea, lo que él hizo fue que por medio del baloncesto nos ayudó a estar un poquito más contentas, con la cabeza ocupada en el balón, en mejorar nuestro juego, como con menos rabia por las cosas que nos habían pasado.

Me acuerdo de un partido buenísimo que tuvimos en El Tarra, en el pueblo, y de la rabia que nos dio cuando a último minuto el equipo de allá desempató. Salimos muy rabiosas del partido, y yo me acuerdo que me puse muy brava con Milena, una niña que no había ido a muchos entrenamientos y que por eso estaba haciendo esos pases tan malos.

Y el profe Lalo nos vio así y, de una vez, antes de salir para Tibú, nos dijo que nos reuniéramos. Ahí nos contó que teníamos que manejar nuestras rabias, que teníamos que confiar más las unas en las otras, que toda esa violencia que nos ha tocado vivir no la podíamos convertir en algo que metiéramos en nuestro corazón. Que las demás muchachas del equipo eran nuestras compañeras y que teníamos que respetarnos entre todas. En el bus de camino, me le acerqué a Milena y le pedí perdón. Ella se puso muy contenta cuando yo le dije eso, y me comentó que había faltado a varios entrenamientos,

porque el papá de ella estaba muy enfermo y que por eso le tocaba salir frecuentemente a trabajar a La Gabarra para poder ayudar en algo. Hoy somos las mejores amigas.

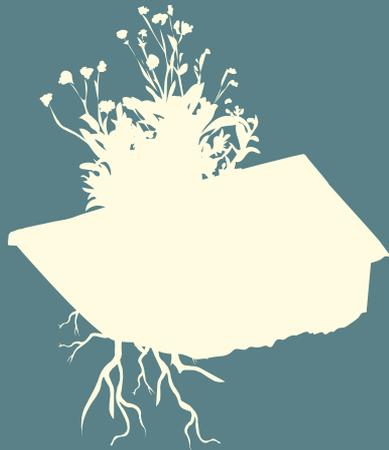
Ese día llegué a mi casa como muy pensativa. El profe Lalo nos había dicho que un partido de baloncesto era como la vida de nosotras: todo el tiempo uno está dándole pases de balón a la gente que está alrededor de uno, y de mí depende si se los voy a lanzar con mucha fuerza o con poquita, y si les voy a dar un buen pase, para que encesten, o un pase más bien malo.

Cuando llegué, mi nonita estaba esperándome, pero no me preguntó nada, porque ella ya estaba acostumbrada a que yo le respondiera mal, con rabia. Y me fui para la máquina de coser donde estaba arreglándole la falda del colegio a una niña vecina de nosotras y me le senté ahí al lado. Le di un abrazo muy fuerte y le dije, como le había dicho al profe Lalo aquella vez, que le agradecía mucho por todo. Me dio pena y salí corriendo a encerrarme en la pieza. Pero alcancé a ver que mi nonita sonrió muchísimo y se le llenaron los ojos de agua, que ahí me di cuenta de que tenía que empezar a hacerle mejores pases de balón para que ella también pudiera encestar y celebrar.





VIVENCIAS
PERSONALES Y
EXPERIENCIAS
DE MI LABOR
DOCENTE



VIVENCIAS PERSONALES Y EXPERIENCIAS DE MI LABOR DOCENTE

Terminé mis estudios de bachillerato en el colegio Francisco José de Caldas de Tibú en 1993¹. Al año siguiente, mi hermano me sugirió que, si yo quería, él me ayudaba a conseguir un contrato como docente. Algunos días después me entrevisté con el director del núcleo educativo de Tibú, quien me recomendó ir a conocer la escuela de la vereda Punta Larga, donde había una vacante, y me contó que si me interesaba, podía comenzar mis labores allí.

Al día siguiente alisté maletas y emprendí el viaje; era la primera vez que salía de la comodidad de mi hogar. Viajando hacia el corregimiento de Pacelli (municipio de Tibú), en cuya zona rural quedaba la escuela, en el único medio de transporte

¹ Este relato fue escrito en su totalidad por un docente de Tibú y contó con la edición del equipo de investigación del proyecto *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*. Los nombres se han cambiado para mantener el anonimato de la persona que escribe.

que llegaba hasta allá en esa época, un camión 350, me llevé una gran sorpresa al encontrarme un coterráneo y amigo, quien también se había aventurado a experimentar la vida docente. Aquella vez conversamos bastante acerca del nuevo reto que íbamos a asumir.

Cuando llegamos a Pacelli, al dejar el incómodo medio de transporte, un señor de unos cincuenta años se me acercó y me dijo de manera muy amable que él había oído mi conversación con el otro profesor, y me preguntó si yo era la persona que iba a visitar la escuela de la vereda Punta Larga. Le respondí que sí y él procedió a presentarse: se trataba del presidente de la junta de acción comunal de la vereda. Charlamos un momento y él me propuso que, si yo quería, podía seguirlo a él, caminando, hasta la vereda. El reloj marcaba las cinco y treinta de la tarde en ese momento. Aunque lo pensé un rato, le respondí que sí, que bueno, y arrancamos.

La primera prueba que tuve fue andar por un camino de herradura cuesta arriba unos 50 minutos, sin descansar. Aunque yo tenía una buena condición física, adquirida por mis quehaceres de niño y adolescente del campo, me sentí resignado, mirando al presidente de la junta veredal llegar a la meta, mientras a mí me faltaba un buen trayecto. Pero lo que vi en la vereda aquella vez me cautivó: me encantaron los paisajes que se divisaban desde la escuela, las montañas y la frescura del aire que corría; la amabilidad de la gente y sus ganas de echar para adelante ante las dificultades.

Mis primeros años al servicio de los niños, niñas, adolescentes y comunidad en general de la vereda Punta Larga, a partir de enero de 1994, fueron de aprendizaje y adaptación a sus costumbres. Allí fue donde comprendí y valoré la calidad humana por la forma como las personas de esta vereda me trataron. Siempre he dicho que los campesinos y las campesinas son muy hospitalarios, pues no distinguen entre conocidos o desconocidos para ofrecerles un plato de comida o alguna bebida. Recuerdo que todos los domingos, siempre que subía a la vereda desde Tibú, para empezar la semana escolar, las familias disponían para mí el mejor puesto en sus comedores y los mejores productos de sus cultivos.

Permanecí casi cuatro años en esa vereda, y durante ese tiempo visité a todas las familias y en muchas ocasiones dormí en sus hogares. Hombres y mujeres de faenas, de construcción de país a partir del trabajo y la honestidad. Así fue como terminé transitando en muchas ocasiones por esos caminos de herradura, esas autopistas para caballos y mulas. Recuerdo que con un compañero docente de una vereda vecina, muchas mañanas agarramos camino arriba hasta llegar a un cultivo de caña donde cortábamos algunos palos para ir chupándoles el jugo y así suministrarle calorías al cuerpo.

En la vereda a mí me gustaba colaborarles a las familias a molar la caña, a mermar la miel para hacer panela; aprendí a coger y a despulpar² café, y con los estudiantes, recogíamos aguacates y zapotes después de la jornada escolar. También

² Separar la cáscara de los granos de café.



Así fue como terminé transitando en muchas ocasiones por esos caminos de herradura, esas autopistas para caballos y mulas. Recuerdo que con un compañero docente de una vereda vecina, muchas mañanas agarramos camino arriba hasta llegar a un cultivo de caña donde cortábamos algunos palos para ir chupándoles el jugo y así suministrarle calorías al cuerpo.

hicimos paseos en familia a las quebradas que quedaban cerca de la escuela.

Me viene a la memoria aquella vez cuando le recibí a don Abdón un vaso de guarapo³ que me produjo una sensación de embriaguez. Él era un anciano de unos 70 años que se tomaba las pastillas que el médico le recetaba con algunos tragos de su bebida predilecta, el guarapo, y aun así conservaba excelente salud y vigor. Como en su finquita uno podía tomar un atajo que llevaba hasta la escuela, antes de que me sirviera el segundo vaso tomé el empinado camino, sintiendo mis orejas muy calientes y las piernas desalentadas.

Realizábamos campeonatos deportivos y bazares, y participé, en muchas ocasiones, de actividades que se hacían en otras escuelas. Los muchachos de mi vereda organizaban el equipo de microfútbol y me

³ Bebida obtenida de la fermentación de la panela, muy común entre las comunidades campesinas del país.

llevaban, aunque no jugaba bien; pero como era el profesor, tenía el cupo asegurado. En una ocasión, el sacerdote de Pacelli organizó un reinado con el fin de recaudar fondos para construir la casa cural de la parroquia. Las reglas eran que hubiera una candidata por cada dos veredas, y una del casco urbano, y la ganadora sería la que lograra recaudar más fondos. Me acuerdo con mucha alegría que Sandra, la candidata de nuestra vereda, fue la ganadora en aquella ocasión.

Los años que permanecí en esta bella comunidad, en la vereda Punta Larga, fueron muy gratos para mí. Nunca entendí el porqué, y a Dios gracias, nadie se me presentó como miembro de alguna guerrilla u otro grupo alzado en armas. Jamás conocí a un guerrillero con uniforme y armas. Y eso que decían que, por esos caminos, en años anteriores había transitado el comandante Cura Pérez del ELN, y otras historias más.

Por el contrario, un viernes que bajaba a Pacelli para ir a visitar a mis padres en Tibú durante el fin de semana, me encontré con hombres del Ejército que subían hacia la vereda. Y vaya sorpresa cuando llegué el lunes en la mañana a la escuela: los soldados habían acampado e ingresado a mi habitación, llevándose consigo unas cosas de mi propiedad como loza, mercado, entre otras que no recuerdo. Sin embargo, me dirigí al puesto de mando del Ejército en la zona y le puse la queja al comandante. De esa manera, me pagaron lo que esos soldados se habían llevado y me habían dañado, una suma que para esa época recuerdo que fueron 105.000 pesos.





Algo de lo que no me olvidaré nunca es que cuando regresábamos del receso escolar de mitad de año, casi siempre me encontraba con malas noticias. Cuando hacía el llamado a lista de mis estudiantes, al nombrar a alguna estudiante, en varias ocasiones los compañeros me contestaban: “No, profesor, a ella se la llevaron”. Pero no se referían a reclutamiento de las guerrillas. Era común para entonces que estudiantes más grandecitas, de 13 años en adelante, se fueran con su novio a convivir a otro lugar, abandonando sus estudios. Incluso, en una ocasión que dormí en la casa de una de las familias de la vereda, a una de mis alumnas le anocheció, pero no amaneció, justamente por irse con su novio.

Meses antes de trasladarme de Punta Larga a otra escuela donde continuaría mi labor docente, me enteré que alguien había decidido llevar la semilla de coca para cultivarla en la vereda, porque para la gente del campo era una actividad más rentable⁴. Preocupado por tal decisión, llamé al señor que quería sembrar la mata, don Chepe, y lo senté frente a mí para persuadirlo de que desistiera, haciéndole entender las consecuencias nefastas que ocasionan los cultivos de uso ilícito. Además, busqué hacerle ver que en sus fincas él y las demás personas tenían una gran riqueza en sus tierras. Dada su fertilidad, en la vereda las personas cultivaban y sacaban buenas cosechas de café, cacao, frijol, maíz, plátano, aguacate, zapote, caña panelera, cítricos, entre otros.

4 Para profundizar en las dinámicas del cultivo de coca en la región, véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca* del informe *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*.



Don Chepe, muy seguro de su decisión, me expresó un argumento que para mí fue y sigue siendo válido: “Sí, profesor, usted tiene toda la razón. Pero ¿qué hacemos nosotros cultivando la tierra y sacando buenas cosechas, si para venderlas tenemos que pagar altos fletes⁵ y nos pagan los productos a precio muy bajo, si es que los podemos vender? Lo que nos queda para sostener la familia no alcanza, y eso que uno produce alimentos en la finca”. Recuerdo que él era padre de ocho hijos, y los mayores habían conocido la bonanza de la coca en La Gabarra. Después de salir de esa vereda, me enteré que, tristemente, don Chepe había perdido a un hijo y a un sobrino, víctimas del conflicto armado que es alimentado por el narcotráfico.

Permanecí casi 4 años trabajando en la escuela de Punta Larga, hasta que decidí pedir traslado, pues una vez recibí mi nombramiento como maestro en propiedad en 1995⁶, me matriculé en la Universidad de Pamplona para cursar mi licenciatura. Pero desde la vereda hasta Tibú, adonde debía salir todos los fines de semana a recibir las tutorías de la universidad, tenía que pasar largas y continuas caminatas. Por eso busqué traslado para una vereda más cercana al casco urbano de Tibú, porque además quería investigar más y prepararme mejor como profesional de la educación.

Así, llegué a la escuela de la vereda El Ensueño en 1998, que se encuentra a 8 kilómetros de Tibú, sin saber que pasaría los siguientes 14 años laborando allí. En un principio, estando ahí se me facilitó continuar mis estudios y estar cerca de mi familia.

5 Costos de transporte para sacar las cosechas de las veredas hacia puntos de compra y distribución.

6 Se refiere a su nombramiento oficial como docente, contratado directamente por el gobierno departamental.

Como en esa época estaban de moda las bicicletas, me compré una montañera para desplazarme desde Tibú hacia la vereda.

Allí continué trabajando fuerte con el ánimo de sacar adelante la escuela. Para ello, se hacían todos los años bazares, venta de mute⁷, hayacas⁸, rifas, solicitábamos aportes al comercio y hasta se montaban cadenas en la vía para conseguir recursos⁹, aunque esta última actividad nunca me gustó. Posteriormente, con algunos compañeros docentes de veredas vecinas y por iniciativa propia, creamos un grupo integrado por unas nueve escuelas, cuyo propósito era trabajar juntos en temas como la planeación y la proyección de la educación, y hasta hicimos muchos eventos conjuntos como los juegos interescolares, semana cultural y reinados. También elaboramos el documento propuesta de fusión de estas escuelas, que daría origen al nuevo centro educativo que hoy se encuentra en funcionamiento.

Como a mí siempre me ha gustado meterme en chicharrones, fui por varios años secretario de la junta de acción comunal de la vereda El Ensueño, cosa que también había hecho en Punta Larga. Y es que desde muy joven he venido participando en la acción comunal: como a los 17 años coordiné el comité de salud de mi barrio, en Tibú, y luego fui postulado candidato a tesorero de la junta. Actualmente, hago parte de la junta de la vereda en la que crecí junto a mi familia, y hace un año acepté el cargo de presidente¹⁰.

7 Sopa que contiene carnes y legumbres, y que es muy común en la región de los santanderes.

8 Semejante a un tamal.

9 Forma como se solicita un aporte económico a las personas que se transportan por una vía. Consiste en restringir el paso por la carretera con lazos o cadenas para pedir dinero.

10 Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento y consolidación de las juntas de acción comunal en el Catatumbo.

Con algunos compañeros docentes de veredas vecinas y por iniciativa propia, creamos un grupo integrado por unas nueve escuelas, cuyo propósito era trabajar juntos en temas como la planeación y la proyección de la educación, y hasta hicimos muchos eventos conjuntos como los juegos interescolares, semana cultural y reinados.

En estos roles he aprendido mucho en cuanto a participación comunitaria y social, lo que me ha servido, entre otras cosas, para mejorar mi capacidad de trabajo en las comunidades adonde llego. Siempre me ha gustado participar en asuntos de la comunidad, y al día de hoy también he sido directivo de Asopaltibu (Asociación de productores de palma de aceite de Tibú) en varios periodos, y promovido la creación y organización de asociaciones como Anscop (Asociación nortesantandereana de cultivadores de oleaginosas promisorias) y Asodocpaz (Asociación de docentes del Catatumbo constructores de paz).

Sin embargo, no todo es positivo en la vida. La tarde en la que celebrábamos aquí en Tibú la fiesta de las madres, a eso de las cuatro de la tarde del día 29 de mayo del año 1999, de pronto nos percatamos que transitaban por la vía que conducía a Tibú varios camiones repletos de soldados. Eso era lo que pensábamos

en ese primer momento. Pero resulta que se trataba de la incursión paramilitar en el Catatumbo, y ese fue el día en que entraron a Tibú. Hicieron su primera parada en el sector Kilómetro 16, donde la comunidad construyó un pequeño mural en honor a las víctimas de la guerra entre guerrillas y paramilitares¹¹.

Por otro lado, el ejercicio de la vocación docente en Tibú y en el Catatumbo ha tenido cantidad de obstáculos y dilemas. Esta profesión ha sido la cenicienta para los gobiernos, porque los presupuestos no responden a las inversiones que este sector demanda.

En varias ocasiones, los docentes nos vimos en la necesidad de cesar nuestras actividades en rechazo a la falta de pagos oportunos. Asinort, el sindicato de los docentes de Norte de Santander, siempre ha estado atento a buscar salidas negociadas a las demandas justas de nuestro gremio, que siempre se originan por el incumplimiento del Estado en lo que tiene que ver, principalmente, con los salarios de los maestros y maestras¹².

Fueron muchos los momentos en los que tuvimos que salir a marchar a Tibú, Cúcuta y hasta la capital del país, para reclamar nuestras reivindicaciones. Nunca se nos olvidará a los maestros tibuyanos el paro tan importante que tuvimos que hacerles a los gobiernos municipal, departamental y nacional en el año 1998. Aquella vez, después de muchas protestas y negociaciones por el derecho a recibir nuestro salario, nos vimos en la necesidad de permanecer durante 15 días en el palacio

11 Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

12 Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento de los sindicatos de trabajadores en la región.

de gobierno municipal en Tibú. Luego, nos trasladamos a la ciudad de Cúcuta, en la que nos tomamos por la fuerza el principal parque de la ciudad: el Santander. Allí estuvimos día y noche otros 20 días más.

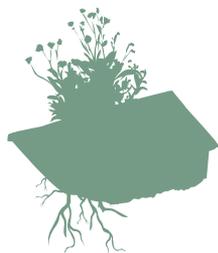
Recuerdo que nos turnábamos en la guardia, para no permitir que ningún extraño entrara al parque donde nos encontrábamos. Y cómo olvidar el plato predilecto de nuestra emancipación: mariana¹³ en diferentes presentaciones que, casi ningún día nos faltó como alimento. Así nos mantuvimos con el ánimo arriba, hasta que de negociación en negociación, con el liderazgo de Asinort y Fecode, la Federación Colombiana de Educadores, conseguimos que nos pagaran los cuatro meses que nos adeudaban.

13 Pez de mediano tamaño y piel lisa, similar al bagre, endémico del río Catatumbo.



Son infinitas las vivencias que un maestro del Catatumbo podría describir en su arduo trabajo y vida personal. En una región marcada por los siniestros de la guerra y la desidia de los gobiernos de turno, en complicidad con el temor que agobia a las comunidades, la voz del maestro promotor de transformaciones sociales viene siendo un insumo fundamental en la construcción de una sociedad que anhela el cambio y la tranquilidad. Me mueve ese propósito al compartirles un pedacito, con muchos silencios y cosas todavía por contar, de mi propia historia.





CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD



Escuelas con memoria. Voces y memorias de docentes del Catatumbo es un conjunto de relatos contados en primera persona acerca de la vida, labor profesional y resistencias de docentes de la región, que busca honrar y dignificar las apuestas que han tejido para ejercer su labor con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la zozobra.

Los relatos describen el papel central que desempeñan las y los docentes en la región, en particular en contextos rurales y las dificultades que muchos deben sortear para cumplir con su función. Estas narraciones también evidencian que profesores y profesoras han tenido que trabajar en medio de la sospecha que su presencia genera en todos los actores armados, quienes han usado las escuelas como lugares de combate, de paso y descanso. De este modo, ilustran la capacidad de las y los docentes para construir espacios de protección y cuidado para niños y niñas y su persistencia por garantizarles el derecho a la educación, muchas veces a pesar de la incertidumbre y la desesperanza.

CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

ISBN: 978-958-5500-30-3



GOBIERNO
DE COLOMBIA



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional
de Memoria Histórica